

ENVEJECIMIENTO DEMOGRAFICO Y EMPLEO

Memorias del Taller de Expertos
en Envejecimiento Demográfico y Políticas de Empleo
para Grupos Vulnerables. Julio de 1999.



Secretaría
del Trabajo
y Previsión Social

¿ENVEJECIMIENTO? UNA DISCUSIÓN SOBRE LA EDAD Y SU RELACIÓN CON EL EMPLEO, RETIRO Y REPRODUCCIÓN SOCIAL*

Verónica Montes de Oca¹

*Ageism is about the age and prejudice.
But it is not simple. It appears in all sorts of
situations and affects people of all ages.*

Bytheway (1995)

Este documento busca incorporar en los lectores, preocupados por el envejecimiento, la reflexión teórica acerca de la pertinencia de abordar la edad desde un punto de vista sociológico, ya que constituye una dimensión más para entender la estructura social contemporánea.

La *edad social* plantea el tiempo como un factor que condiciona la vida colectiva de los individuos. A través de la edad se integran los sujetos a una serie de contactos institucionales (escuela, matrimonio, divorcio, mercado laboral, seguridad social, retiro, entre otros) con los cuales pueden desarrollar sus potencialidades humanas y sobre los que construyen significados. La perspectiva del curso de vida plantea que ésta se conceptúa a través del tiempo, por ello la edad cronológica representa un aspecto relevante tanto para la organización social como para la construcción subjetiva de la vida.

Individualmente la edad cronológica representa un criterio con el que la gente se organiza e interpreta sus experiencias. En el colectivo, la edad cronológica se ha convertido en uno de los principios más importantes de la organización social (Tuirán, 1995). La edad social, entonces, no es

* Ponencia preparada para el *Taller de Expertos en Envejecimiento Demográfico y Políticas de Empleo Formal para Grupos Vulnerables*, organizado por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social el 8 y 9 de julio de 1999. Las opiniones aquí expresadas son exclusivamente las del autor, por lo que no deben considerarse como una posición oficial respecto a los temas tratados.

¹ Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

otra cosa que el significado grupal o individual que se le otorga a las etapas o al curso de la edad cronológica. Es la representación social de un cambio biológico, inevitable, pero al que dotamos de valores.

Para algunos académicos nada resulta, en los últimos tiempos, más determinante que la edad de los sujetos para ubicarlos en niveles precisos de la estructura social. Turner (1989) señaló que mientras en la ciencia médica el envejecimiento se entiende a partir del desgaste y el deterioro biológico del organismo humano a través del tiempo, en las ciencias sociales el envejecimiento es visto como un proceso social y cultural por el cual los seres humanos son clasificados de acuerdo con su cronología. Desde la sociología, la edad y la vejez son categorías socialmente construidas para clasificar a las personas².

Conforme la persona envejece, cosa que sucede desde el nacimiento, comienza a adquirirse cierta posición dentro de la sociedad, un lugar diferente para hombres que para mujeres, del sector popular o medio, blancos, negros, mestizos o indígenas. De ahí que junto con la *edad*, también los conceptos de *género* —impulsado por la sociología feminista—, *clase social* y *etnia/raza* se convirtieron en categorías analíticas relevantes para los académicos en la explicación de la desigualdad social de los últimos tiempos (Walters, 1998, Lipset, Clark y Rempel, 1998). El trabajo y la discusión se han centrado en tratar de integrarlos a la teoría sociológica moderna, sin mucha suerte aún, ya que las evidencias científicas son más que necesarias (Turner, 1989; Arber, 1989, 1991, 1996). La producción de argumentos continúa en nuestros días, de ahí la necesidad de conocer este debate y reflexionar el papel de la investigación sobre envejecimiento.

La utilización de la *variable* edad ha sido prolífica en los estudios socio-demográficos, no obstante, la reflexión teórica sobre la *categoría* edad se refiere a otra dimensión más profunda en la explicación social. Arber y Ginn (1996) han comentado que la mayoría de los escritos sobre envejecimiento no distinguen con claridad los diversos significados que puede tener la edad, “falta de claridad conceptual que ha dificultado la comprensión sociológica sobre envejecimiento”. Estas autoras argumentan que así como las feministas dedicaron reflexión e investigación a la distinción entre sexo y género³, lo propio debe hacerse para distinguir entre

² W. A. Achembaum diría que la *Old age is an age-old phenomenon*, (1978; citado en Bythaway, 1996).

³ Para una discusión a fondo se sugiere los textos de De Barbieri (varios años), Marta Lamas (1998) y recientemente Kabeer (1998).

la edad cronológica⁴, la social y la fisiológica, así como conocer su relación. La edad social para estas académicas, alude a las actitudes y conductas sociales que se consideran adecuadas para una determinada edad cronológica que, a su vez, se relaciona transversalmente con el género.

La investigación impulsada en las dos últimas décadas ha permitido enriquecer la discusión sobre la relevancia de la edad, a través del estudio de la vejez, pero más donde se estudia la transición de la etapa adulta a la vejez. Hay que señalar, sin embargo, que a pesar de los múltiples esfuerzos la población anciana de los países en desarrollo aún sufre una especie de invisibilidad social y política que se refleja en los escasos materiales y temáticas de estudio. La literatura sobre envejecimiento se concentra, desde las disciplinas demográficas y económicas, en reflexiones que atienden la dependencia actual y futura de los ancianos. Las ocupaciones laborales de los ancianos, así como el estudio sobre su participación en actividades fuera del ámbito laboral (en la familia o las comunidades) no han sido abordadas plenamente desde la disciplina sociológica, lo que en el fondo no corrige la visión dominante de que esta población casi tiene nulo papel en la organización social. Tal situación puede contribuir a la marginación social y política que reproduce la desigualdad social y la pobreza entre los viejos, o lo que es preocupación en Bytheway (1995): la discriminación cultural.

Este trabajo bien puede dividirse, de manera tentativa, en tres partes: la primera resume un marco de referencia sobre la discusión teórica a partir de la edad, la vejez y el envejecimiento y busca presentar las perspectivas teóricas que podrían responder a qué pasa con la etapa de vejez y en específico con la población anciana. La segunda parte inserta los avances en la discusión sobre el envejecimiento tomando la perspectiva de la edad social para explicar el proceso de exclusión en ciertos ámbitos sociales, en especial el mercado de trabajo, así como motivar relecturas y nuevas búsquedas. La tercera parte recupera la evidencia en México, que permite cuestionar los modelos que tienden a invalidar el trabajo de la población anciana dentro del mercado de trabajo y fuera de él.

⁴ "La edad cronológica (o de calendario) es esencialmente biológica y se manifiesta en niveles de trastorno funcional" (Arber y Ginn, 1996: 22).

Edad, vejez social y envejecimiento demográfico: un encuentro no socializado

Desde hace bastantes años, la necesidad de reflexionar alrededor de la categoría *edad* ha estado presente, sin embargo, la concepción de edad social no ha quedado clara. Algunos esfuerzos pueden rastrearse en las primeras décadas del siglo XX en los países desarrollados, trabajos que sin duda surgieron frente a contextos alarmantes de envejecimiento demográfico. Los cambios sociales, políticos y culturales derivados de este fenómeno requerían de una nueva teoría social que albergara las distintas dimensiones de la desigualdad a las que estaban expuestos los individuos conforme envejecían.

El envejecimiento creciente entre las poblaciones más desarrolladas del orbe, generó la necesidad de señalar a la edad como un factor adicional a la posición de clase, en la estratificación social. Pueden citarse los trabajos del sociólogo norteamericano Talcott Parsons, realizados después de su obra clásica *The Structure Of Social Action*, “Edad y sexo en la estructura social de los Estados Unidos” (1942), también se han releído los trabajos del sociólogo alemán Karl Mannheim sobre las diferencias entre generaciones y el cambio generacional (1952)⁵, se han señalado a Eisenstadt (1956), al propio Phillipe Ariès (1962) y, de alguna manera, a la filósofa existencialista Simone de Beauvoir (1972)⁶. Estos dos últimos autores concentran su atención en dos diferentes etapas de la vida, la infancia y la vejez y aluden sobre todo a su carácter histórico y social. Muchas han sido desde entonces las preocupaciones no sólo por un grupo de edad específico, llámese anciano o en la tercera edad, sino por la determinación de la edad social en la organización de las sociedades modernas.

Para algunos autores (Turner, 1989), la ausencia de una perspectiva coherente sobre envejecimiento y edad en la sociología clásica se debe, en primer lugar, a la gran influencia de Thomas Malthus, quien abordó los problemas del espacio urbano, la alimentación y la amenaza de enferme-

⁵ Estos temas se encuentran en la obra de K. Mannheim titulada “The problem of Generations”, *Essays on the Sociology of Knowledge*, London, Rodouledge and Kegan Paul, 1952, pp. 276-322.

⁶ Esta autora además de haber escrito su ya clásico libro *La vejez*, también escribió algunas novelas cortas sobre el proceso cercano a la muerte y las relaciones familiares, por ejemplo: *Una muerte muy dulce*, en la cual narra el proceso familiar y especialmente el de las hijas sobre la muerte de la madre.

dades ante el crecimiento de la población. Bajo esa lógica, poco después, se abordaron los problemas económicos derivados del envejecimiento. Esta visión tuvo auge hasta que los países desarrollados comenzaron a calcular y reflexionar acerca de las consecuencias de la pérdida en el nivel de reemplazo generacional. Un segundo elemento es que la sociología clásica, teóricamente, ha estado distante de la teoría darwiniana y de la eugenésica. Las severas críticas al evolucionismo y al peso de la biología se sienten cuando se hace énfasis en la importancia de los valores y las creencias en la explicación de la acción humana y la organización social. No hay conciliación entre dimensiones biológicas y culturales. El rechazo a esos planteamientos logró que se perdieran algunos elementos sobre la noción de origen, proceso y fin de los seres vivos, lo cual desvió la reflexión de las propias etapas en la vida de los seres humanos.

A estos dos obstáculos en el pensamiento sociológico planteados por Turner (1989), para lograr una sociología integral en cuanto a sus dimensiones sobre la estratificación social, habría que añadir el reclamo de las sociólogas feministas al casi no incluir en los estudios de los modelos de subordinación femenina, el estudio de las mujeres en edad avanzada. La crítica a este olvido sociológico, que conecta a la edad y al género, ha sido analizado con frecuencia. Al respecto, se dice que el predominio de valores dominantes como la producción y la reproducción en los estudios sociológicos hace a un lado el análisis sobre la población envejecida que ya no se considera *productiva* y, en especial, a las mujeres que ya están en otra etapa de sus vidas que no es la reproductiva. Si bien la perspectiva de género ha tenido un avance significativo en los análisis de mercado de trabajo, la conexión género y envejecimiento debe trabajarse más. Algunos académicos proponen añadir el género y/o la edad a las teorías sociológicas, la perspectiva de género a las teorías sociológicas del envejecimiento y, por último, las relaciones de edad a las teorías feministas (Arber y Ginn, 1991 y 1996; Bury, 1996; MacMullin, 1996).

Esta reflexión da pie a otro argumento que aparece casi simultáneamente y, que podría pensarse, también impide la integración de una sociología moderna en la cual la edad sea una categoría explicativa de las actuales estructuras sociales, económicas y demográficas. Los componentes de esta crítica ubican al mercado de trabajo en su relación con la categoría edad social. Algunas teorías en la gerontología social pueden reafirmar la importancia de esta relación entre edad y trabajo. Por ejemplo, la

disengagement theory justifica la separación de la persona mayor de las actividades productivas y, en sentido contrario, la teoría del activismo demuestra que su inserción laboral contribuye a la autoestima. De cualquier manera, en apoyo o rechazo, la relación entre mercado de trabajo y edad resultan fundamentales. Gráficamente se puede observar la relación entre actividad económica y edad cronológica a través de las tasas específicas de actividad, la cual tiene forma de U invertida, ésta refleja poca participación en las primeras edades y un incremento con pendiente positiva hacia la cúspide, lo que representa el mayor nivel de participación. Después de la cúspide la relación es inversa, es decir, con el aumento de la edad desciende la actividad de las personas en el mercado de trabajo. Entre hombres y mujeres los niveles son distintos, pero el comportamiento es similar (para el caso de México según encuestas recientes véase, Salas, 1999).

Los críticos sostienen, por un lado, que uno de los problemas de la integración de la edad en la teoría sociológica moderna es la concepción misma de la sociedad, que básicamente se organiza en función de la producción industrial. Por otro lado, este tipo de actividad económica del capitalismo valora al trabajo por encima de otros insumos en la generación de plusvalía y, en ese sentido, de riqueza. El valor social del trabajo ha logrado que la juventud se sobreestime en contraste con otros grupos de edad⁷. De hecho alrededor de la noción *trabajo*, mostrado a través del análisis de la división sexual, los niveles de participación, masculina o femenina, el papel de la capacitación, la productividad, educación de la fuerza laboral, entre otros, gira la mayoría de los estudios.

La edad tiene connotaciones culturales que privilegian y marginan a ciertos grupos sociales, situación que se vislumbra una vez que se ha entendido la importancia de la edad social en la actualidad, pero que podría, en sentido opuesto, ocultar la importancia de la edad como categoría de exclusión social. La sociología clásica de E. Durkheim, K. Marx y M. Weber plantea, desde diversas orientaciones, el relevante sentido del tra

⁷ Las teorías productivistas asocian una alta evolución de la cultura de la juventud con hedonismo, diversión, actividad y belleza. La asociación margina todo aquello que sea viejo, asumiendo términos peyorativos y denigrantes para la población conforme envejece. La juventud se vuelve un atributo deseable para todos los grupos sociales sin considerar su edad cronológica. Turner (1989: 596) encuentra que Parsons mismo vio que las sociedades occidentales son caracterizadas por una romántica idealización de los patrones juveniles. De ahí surge una especie de prejuicio hacia lo viejo, considerado inútil, forzados a retirarse antes de acabar con sus deseos y capacidad para continuar trabajando.

bajo en la sociedad, sin embargo, el sentido del trabajo ha cambiado, la industria ya no es el motor principal del capitalismo actual, y también cambió la estructura por edad de la fuerza laboral mundial (Arrigui, 1998), pero no así, en esa lógica de cambios, la sociología contemporánea (Kohli, 1982). A nivel microsocia el trabajo tiene connotaciones subjetivas y económicas que permiten tanto el prestigio como la movilidad social. La separación o acercamiento del individuo con el ambiente laboral tiene por ello repercusiones financieras y culturales.

La importancia y preocupación sociológica sobre la relación trabajo y edad va en aumento, máxime si el contexto advierte que la actividad laboral pierde peso ante el creciente desempleo, retiro temprano y concentración de la población inactiva. Todos ellos resultados del cambio demográfico mundial y de los nuevos contextos económicos de la globalización. M. Kohli (1988), de la Universidad Libre de Berlín, escribió:

El trabajo no sólo provee las bases económicas de la sociedad, por ende de los conflictos políticos, sino es también el foco de sus valores básicos y visiones del mundo. El trabajo es una realidad no sólo de la economía y de la política, sino también de la cultura y la visión del mundo. Su impacto no sólo asegura la sobrevivencia material o la organización política, en definitiva la unidad cultural de las sociedades occidentales modernas como también la identidad de sus miembros.

Haciendo eco de lo que señala Kohli, puede decirse que la principal preocupación por los niños y adolescentes, en materia de reflexión sociológica y política social, radica en que se considera y espera que sean fuerza de trabajo potencial, de ahí se desprende su valor dentro de las sociedades capitalistas. No sucede lo mismo al pensar en las personas envejecidas, quienes por su cercanía a la muerte no se consideran un recurso para el futuro ni se valora su trabajo y esfuerzo en el ámbito comunitario o familiar. De hecho, esa lógica de pensamiento utilitaria justifica que organismos internacionales sugieran no invertir en las personas ancianas, aquí el pensamiento costo-beneficio nuevamente adquiere fuerza. Toda esta formulación derivada del planteamiento sociológico sobre la edad, y con el pretexto del envejecimiento demográfico, alude a la relación contundente entre edad y mercado de trabajo.

La edad social bajo la evidencia sobre vejez y mercado laboral

Como esboce previamente, los argumentos sobre la teoría sociológica clásica y la investigación sobre la edad presentan un panorama en cierta medida adverso para conocer más acerca del envejecimiento y específicamente sobre la vejez. La sociología parece no estar preparada en su cuerpo teórico para incluir a las personas envejecidas y mucho menos mujeres ancianas. De ahí que algunas académicas sugieran el carácter sexista y hasta cierto punto *gerontofóbico* (*ageism*) de la sociología actual, sobre todo por la falta de estudios sobre vejez desde la perspectiva laboral o extralaboral e incluso a partir del enfoque de la sociología feminista (Arber y Ginn, 1991).

A pesar de los esfuerzos y los obstáculos en la segunda mitad del siglo XX para abrir brecha en el conocimiento del envejecimiento como fenómeno social y demográfico, fue hasta hace algunos años que escuelas y universidades comenzaron a integrar en sus programas de investigación temas asociados al envejecimiento, la gerontología social, la sociología de la vejez y las teorías sobre la edad. Son conocidos los trabajos de la pareja Riley, veteranos de la sociología y el estudio del envejecimiento en Estados Unidos, ellos han dado gran significado a la edad en la teoría de la estratificación social. Otro caso fundamental ha sido B. Neugarten con reflexiones siempre abiertas al pensamiento crítico; decía que la vida se organiza en la vejez no por lo que se ha vivido, sino por lo que falta por vivir. A partir de este gran marco original es que surge la mayoría de los estudios relacionados con la edad, la vejez y el envejecimiento. La producción ha sido abundante y se acompaña de fuentes confiables de información y metodologías creativas que sin lugar a dudas pueden orientar, sin ánimo de sobrestimar la peculiaridad regionalista, las investigaciones de los países en desarrollo. Sobresale la investigación generada en Europa y la de los países del Norte de América. Cito el material del joven británico Allan Walker desde 1980; el del académico alemán Martin Kohli con trabajos desde 1982; a Sara Arber, socióloga de la Universidad de Surrey con publicaciones desde 1985, y Jay Ginn, trabajadora social inglesa con material desde 1991; por mencionar sólo algunos⁸.

⁸ Sobresalen los trabajos demo-económicos recientes del continente asiático, como Japón, China, Corea y Filipinas, comandados por N. Ogawa y estudios cualitativos del equipo de Knodel. En

La virtud de los estudios europeos es que tienen una base teórica sólida y perspectivas que enfatizan tanto el ámbito de la economía política como la sociología feminista. Además, utilizan fuentes de información novedosas —transversales y longitudinales—, al igual que estrategias metodológicas y técnicas estadísticas que permiten abordar, durante grandes periodos de tiempo, los cambios y las dinámicas en varios temas como cambio de actividad laboral, de estado matrimonial, relaciones familiares, desgaste en el proceso de cuidado, movilidad social, pérdida del ingreso, conformación de la identidad y ensanchamiento o estrechez de las redes sociales, por mencionar algunos. Otra de sus virtudes es que puede relacionar información de varias dimensiones importantes en la vida de los individuos: salud con mercado de trabajo, redes de cuidado primarias con ocupación laboral del cuidador, jornada laboral y tiempo de cuidado, distribución de las tareas domésticas, preferencias políticas, sistemas de intercambio, etcétera.

En los estudios sobre vejez ha sido poca, pero sustantiva, la relación con otras categorías analíticas que previamente probaron su utilidad en el análisis sociológico. Vejez y clase social han sido objeto de encuentros frecuentes, lo mismo que vejez y género, cuestión que adquirió relevancia por la presencia mayoritaria de las mujeres entre la población anciana (Walker, 1992; Allen y Pifer, 1993; Ginn y Arber, 1996). Tal vez la relación menos socializada es la de vejez y raza/etnia.

En ese sentido, en lo subsecuente recuperaremos la evidencia de las investigaciones sobre la edad social, con pretexto del envejecimiento, pero específicamente en cuanto a su relación con el mercado de trabajo. Este ámbito social se ha considerado relevante por su fuerte apego a la cronología institucionalizada del tiempo de vida. De ahí que sea necesario hablar de todas las formas en que la población anciana y adulta tienen contacto con el mercado de trabajo, sea a partir de su inserción, permanencia y expulsión. La incorporación y retiro de las personas al mercado laboral responde a una cronología institucionalizada, también recuperada por la perspectiva del curso de vida a partir de lo denominado como su institucionalización (Tuirán, 1992; Solís, 1993). La legislación en materia

Latinoamérica sobresalen los de corte sociodemográfico realizados sobre el proceso de envejecimiento y sus repercusiones en el ámbito económico, sobre todo en relación con la seguridad social. Otros trabajos en el resto del mundo se han concentrado en reconocer de inicio la importancia de este segmento de su población, es el caso de algunos países africanos (Kashiani, 1994).

de seguridad social ha normado la salida de los trabajadores y trabajadoras a los 60 o 65 años de edad, sin embargo, la entrada tiene que ser antes de los 35 o 40 años de edad, de lo contrario la percepción social ya es negativa.

Recientemente un fenómeno creciente es el traslado de población activa al cobijo de la política social a través del retiro temprano y/u obligatorio, o en algunos países del seguro de desempleo. Este fenómeno tiene consecuencias que evidencian un cambio en la captación del ingreso y, sobre todo, en la distribución del tiempo, hecho al que se ha denominado como la transición social al retiro, que conforme a la opinión de algunos gerontólogos sociales, es una experiencia traumática sólo comparable al desempleo, porque tiene consecuencias negativas para la autoestima y representa una pérdida de posición social y atenta contra la seguridad económica adquirida. Para Turner (1989) el retiro en la vejez más que un simple proceso *natural* es parte de la lucha entre capital y trabajo. Asimismo y según este autor, desde la perspectiva marxista se sugiere que los trabajadores viejos más que ser retirados del proceso productivo podrían considerarse como abandonados, porque ellos ya no proveen servicios económicos eficientes y efectivos al capital.

De muchos estudios se han desprendido tan crudas aseveraciones como, por ejemplo, Laczko y su equipo (1988), en un artículo titulado *Early Retirement in a Period of High Unemployment*, mostraron que simultáneamente a la creación de un ambiente de aceptación del retiro temprano entre el gobierno británico, los sindicatos y agrupaciones obreras, se extendía la pobreza entre la población inglesa. Con base en diferentes encuestas de empleo, los autores observaron que la enfermedad no era una razón real para retirarse del mercado de trabajo a edad temprana y que ese fenómeno era más frecuente entre los trabajadores manuales que entre los no manuales. Las explicaciones que anotaron los autores son, por un lado, el exceso de mano de obra entre los obreros manuales para quienes la edad fungía como un factor de exclusión del mercado laboral y, por otro, se menciona la creencia de que hay mayor probabilidad de que los trabajadores manuales sobrevivan con menores ingresos en contraste con los trabajadores no manuales.

Bajo ese mismo tenor, Arber y Gilbert (1989) realizaron una investigación titulada *Men: The Forgotten Carers* entre pensionados varones de 1980

y sus niveles de ingreso antes y después del retiro. Un resultado fundamental fue que la ocupación previa era la mayor determinante de su fuente y monto de ingresos en la vejez. Su posición laboral, a su vez parecía estar afectada por las condiciones económicas y eventos históricos como la guerra, así como por cierta configuración de oportunidades familiares. Para estos autores, los resultados mostraron que la estructura social condicionaba la carrera laboral de los hombres, lo que resultaba fundamental para entender el nivel de ingresos de las personas en su etapa de vejez.

De manera casi simultánea a la integración analítica de categorías como clase social (a través de la inserción ocupacional) y vejez, la tendencia sociológica fue incorporar la perspectiva de género en ese marco de construcción teórica (Dale, Gilbert y Arber, 1985)⁹. Los primeros estudios destacaron la importancia de ubicar la relación que guardan los hombres y las mujeres con el mercado de trabajo. Los subsecuentes análisis resaltaron la desigualdad de ingresos entre hombres y mujeres, sobre todo porque esa iniquidad se estructuraba desde la etapa de vida productiva, de la que las mujeres se encuentran fuera, o en ocupaciones predeterminadas por su género, consecuencia de la división sexual del mercado de trabajo, de su papel en la economía doméstica y en la reproducción biológica de la sociedad. Esa situación condiciona ampliamente su acceso a planes dignos de pensión y mejores ingresos en la vejez. En esta etapa de sus vidas, las mujeres tienen una tremenda desventaja de ingresos, dato que podría orientar su inserción de clase en la vejez. Tal posición en la última etapa de sus vidas está condicionada por su género, situación matrimonial e historia ocupacional (Arber, 1989; Ginn y Arber, 1991).

Estudios posteriores buscaron enlazar los patrones de empleo como condicionantes de la situación social de los hombres y las mujeres en su etapa de vejez, en las que evidentemente se analiza el papel de algunos planes de pensión. Ginn y Arber (1993) en un artículo titulado *Pension Penalties: The Gendered Division of Occupational Welfare* analizan las diferencias de género en el acceso a las pensiones ocupacionales usando una encuesta de hogares de 1987. Ellas encuentran que variables como la situación matrimonial, la posición familiar y su tipo de inserción en el

⁹ Estos autores precisaron la necesidad de integrar a la mujer en los estudios sobre clase social. Argumentaron que clase social en el sentido weberiano tiene dos dimensiones distintas: la relación a nivel individual respecto al mercado de trabajo, y los niveles familiares de consumo. Se señala que las personas en relación directa con el mercado de trabajo pueden ser definidos teniendo una posición de clase mientras que no se toma en consideración su posición familiar.

mercado laboral tienen un peso determinante para conseguir una pensión. El número de mujeres pensionadas es reducido si son casadas, tienen un hijo, trabajaron tiempo parcial sobre todo en el sector privado, o en su caso lo hicieron durante una corta temporada y con bajos ingresos. Las académicas concluyen que es necesario que el Estado sea más generoso en sus provisiones, porque de lo contrario se incrementará el número de mujeres ancianas en condiciones de pobreza.

La salud en los estudios sobre población en edad avanzada es una temática trabajada en forma aislada del contexto social y económico, en especial su relación con el mercado laboral. En un artículo titulado *Gender and Inequalities in Health in Later Life*, Arber y Ginn (1993) analizan las variaciones en la salud de acuerdo con su inserción de clase social, la que se define principalmente por su posición en el mercado laboral. Sus resultados arrojan que las mujeres ancianas tienen una salud menos favorable en contraste con los hombres de su misma generación. Esta información asociada con clase social indica que las mujeres y hombres con mayores ventajas económicas tienen mejor estado de salud. El análisis concluye que aunque las mujeres ancianas experimentan mayor morbilidad respecto a los ancianos, las desigualdades estructurales en la salud son igualmente pronunciadas.

Los patrones de empleo en la organización económica, la historia ocupacional de las personas retiradas del mercado de trabajo, su nivel de ingresos previos al retiro y su condición de género, así como la situación marital de las mujeres, su posición familiar y número de hijos, parecen variables altamente correlacionadas con la situación social y económica de las personas en la vejez. Muchos países evidenciaron la pobreza entre la población anciana, pero no se enfatiza si hay un proceso estructural y cultural que conlleva a esta situación. La investigación demuestra que la transición de una vida activa, aún bajo algún régimen de pensión, es un paso que deteriora la condición económica. Sólo en algunos casos, cuando el ramo económico que retira al trabajador resulta prioritario para la economía nacional, el proceso de jubilación en realidad es un tránsito alegre en el que la respuesta institucional sí refleja el esfuerzo aportado por el trabajador en su vida. Claro, la situación extrema se presenta cuando éste se retira sin un mínimo apoyo institucional para continuar una vida digna en la vejez.

Simone de Beauvoir mencionó que los problemas del envejecimiento eran más bien problemas del hombre, porque con la edad perdían una serie de privilegios socialmente aceptados, mientras que las mujeres por su condición de género habían tenido siempre las mismas condiciones desventajosas ante la sociedad, sólo que en la vejez ellas las presentaban de forma acumulada (citado en Gibson, 1996). La edad cronológica, entonces, es un proceso biológico que adquiere valor social en las etapas tempranas, pero que pierde sentido, al menos ante el mercado de trabajo, una vez que empieza a acumularse¹⁰. Bajo esta definición es entendible la aseveración de que la vejez es una construcción social, es decir, una etapa de la vida biológica que adquiere significado social.

Pensando esto con mayor detenimiento y utilizando los conceptos sobre el mercado laboral, tal vez hemos hablado principalmente de un segmento de la población —en general los hombres— que pasa de la vida *activa* a la *inactiva* a través del sistema de seguridad social. Un grupo hasta cierto punto privilegiado si vemos los siguientes. En el caso de la mayoría de las mujeres, sobre todo de países en desarrollo, hablamos de su permanencia en la *inactividad*. Y un último grupo, tal vez el más heterogéneo, también presenta una permanencia, pero en la *actividad económica*. Estos tres grupos tienen relación con el mercado de trabajo, unos dentro, algunos fuera y otros en tránsito.

Si nos regimos por el esquema de la productividad, que para algunos académicos oculta (y en cierta medida devalúa) las actividades extralaborales que los ancianos realizan en el ámbito familiar y en la comunidad (Gibson, 1996), tal vez sea necesario abundar en cada uno de estos grupos, en especial en los sujetos activos, en tránsito y las o los permanentemente inactivos. La tradición sociológica en Latinoamérica ha otorgado importancia a la reproducción social como un concepto que resalta y visualiza las actividades económicas y sociales de las personas dentro y fuera del ámbito del mercado de trabajo¹¹. En ese sentido, la

¹⁰ Susan Sontag, feminista norteamericana decía: *Las mujeres mayores tienen que hacer frente a los mismos problemas que los hombres mayores en general, pero en mayor medida y antes respecto al curso vital* (citado en Rodebeaver, 1990, por Arber y Ginn, 1996).

¹¹ Un artículo que llama la atención (Gibson, 1996) cuestiona el paradigma dominante en los estudios sobre población envejecida. Se argumenta que la mayoría de las investigaciones supone que la población en la tercera edad está inmersa en una situación de gran vulnerabilidad. Este discurso, si bien ha tratado de hacer conciencia entre los hacedores de políticas públicas, también propició una visión sobre la vejez que no resalta las capacidades de la población y su inserción en las actividades comuni-

crianza de los niños, su educación, las labores domésticas y el cuidado de enfermos, por mencionar sólo algunas, son tareas consideradas tan fundamentales como ser empleado o empleador en la reproducción de la sociedad (Oliveira, Salles y Pepin Lehalleur, 1989; García y Oliveira, 1990), por tanto, también deberían estudiarse, pero sobre todo valorarse socialmente.

Conexión entre empleo, género y edad: el caso de México

Tres son los grupos de población cuya relación con el mercado de trabajo es significativa a la luz de la heterogeneidad de la vejez: los que continúan activos, los que transitan de la actividad a la inactividad a través del retiro y pensiones, y los que permanecen inactivos. Estos tres grupos han estado expuestos a una desigual distribución ocupacional, al dispar nivel de ingresos en la vida adulta, a la división sexual en el mercado de trabajo y a distintos procesos de socialización que dan cuerpo a la denominada condición de género. Por ello, dedico este espacio a tratar de interpretar desde la perspectiva sociológica sobre la edad y el género algunos datos sobre el comportamiento del mercado de trabajo en nuestro país. La primera parte de esta última sección la dedicaré a reconocer las consecuencias, para hombres y mujeres en edad avanzada, de los niveles y tipo de participación de las personas con 60 años y más en el mercado de trabajo. El corte en este grupo de edad se debe a que no existen fuentes de información que nos permitan seguir una misma cohorte durante un periodo de tiempo para observar la transición de la vida adulta a la vejez. Después abordaré el proceso de retiro, seguido del monto y distribución de los pensionados entre hombres y mujeres en edad avanzada. Por último, trataré en algunas páginas el relevante papel de esta población desde la *inactividad* en los procesos de reproducción social y familiar.

a) Participación económica de la población envejecida: necesidad y dignidad

En México existe un consolidado equipo en el ámbito internacional que ha realizado estudios sobre el comportamiento del mercado de trabajo, la

tarias, familiares o institucionales. En particular y sobre las mujeres envejecidas, los estudios abundan acerca de su fragilidad en la salud y el mercado de trabajo, principalmente, en función de la normatividad masculina, lo que ha ensombrecido la investigación del tipo de actividades que realizan dentro o fuera del hogar y que la mayoría de las veces no pertenecen al espacio contractual del mercado laboral.

participación económica de los grupos sociales y su estructura ocupacional (García, Muñoz y Oliveira, 1982; García, 1988; Cortés, 1988; Pacheco, 1988; Christenson y Oliveira, 1989; Oliveira, 1989; Pedrero, 1989; Rendón y Salas, 1991). No obstante, pocos estudios abordan el papel de la fuerza de trabajo envejecida en México (Mummert, 1979) y hoy por hoy nos acercamos a conocer sus niveles de participación, sus condiciones laborales (Pedrero, 1993 y 1994) y el tipo de actividades que realizan en algunas áreas urbanas (Montes de Oca, 1993), pero todavía falta investigación acerca de la relación que guarda la actividad económica con la situación de vulnerabilidad o bienestar, así como del significado que adquiere el trabajo en edades avanzadas.

La información estadística sobre México ha mostrado que, a principios de la década de los 90, una tercera parte de la población con 60 años y más se mantenía activa (Gomes, 1997). Para 1996, del total de hombres en estas edades, el 59% realizaba alguna actividad económica mientras la proporción de mujeres era del 17% (Salas, 1999). Esta información evidencia una clara aceptación social del trabajo de los hombres en edad avanzada, es decir, una exclusión del mercado de trabajo menos rígida en la población masculina por el factor edad. Los estudios que se basan en la perspectiva de género apuntan que la percepción de la vejez en los hombres es vista con más prestigio social, no comparable en ningún sentido al de las mujeres ancianas en el ámbito laboral. El nivel de participación de mujeres en edad avanzada tiene un sentido inverso, podría indicar un rechazo hacia el trabajo que realizan estas personas. Las pruebas de que la edad se combina con el género, en prejuicio de las mujeres de todas las edades es un tema difundido internacionalmente (Itzin, 1986; Itzin y Phillipson, 1995; citados en Bernard, Itzin, Phillipson y Skucha, 1996). La percepción generalizada acerca de la pérdida de capacidades en la actividad se manifiesta más en las mujeres ancianas que en los hombres incluso con edad más avanzada. Muchos términos despectivos relacionan edad y género para resaltar las posibles incapacidades de las empleadas en edad avanzada. Además, la división sexual del trabajo en la sociedad mexicana coloca a las mujeres en el ámbito doméstico —considerado propio de su género por los conservadores y una forma de discriminación por los críticos— lo que inhibe la participación económica de las mujeres en la vejez.

No obstante, los hombres y las mujeres que trabajan, en algunos casos nunca dejan de hacerlo (el 24.4% de los hombres con 85 años y más se

mantienen activos). Posiblemente un privilegio de su experiencia, pero en otros casos tal vez sea una necesidad hacerlo de por vida. Algunas investigaciones con otras realidades, encuentran que en el caso de las mujeres al término de sus actividades en la crianza de los hijos, el ímpetu por reconquistar y desarrollar una carrera muchas veces es en la edad madura, lo que refleja un calendario laboral diferente al de los hombres, los cuales es posible que se encuentren en procesos previos al retiro. Por otro lado, se sabe que la participación de la población anciana se debe a que los planes de pensión reflejan un deterioro salarial, por lo que prefieren conservar el empleo y aplazar el momento del retiro. Para el caso de las mujeres, el hecho de realizar “funciones laborales subalternas suele estar relacionado con la edad y diversas investigaciones señalan la agrupación de las mujeres en oficios que dan derecho a pensiones reducidas o a ninguna en absoluto”, situación que explica el trabajo femenino en edades avanzadas (Stone y Minkler, 1984; Davies y Ward, 1992; Ginn y Arber, 1993; Henretta, 1994; citados en Bernard, Itzin, Phillipson y Skucha, 1996).

La información sobre México demuestra que existen trayectorias laborales prolongadas, sobre todo en el caso de los hombres en edad avanzada. Si se conociera su historia ocupacional tal vez confirmaríamos que son generaciones que tienen más de 40 años realizando alguna actividad económica de manera continua o con cierta intermitencia en lo que compete a las mujeres. No obstante, el hecho de conocer que esas generaciones vivieron las mejores épocas en materia de niveles salariales, nos obliga a preguntarnos: ¿por qué siguen trabajando? La investigación indica que esas generaciones pudieron “experimentar las mejores condiciones de salarización en el mercado de trabajo y mejores oportunidades para participar en un plan de retiro y pensiones”, sin embargo, esas oportunidades no les llegaron o simplemente no las aprovecharon (Pedrero, 1994; citado en Gomes, 1997). Algunas respuestas ya se adelantaron y es posible que estén relacionadas con la escasa cobertura de los planes de pensión, con las bajas pensiones, una combinación entre éstas y el deseo individual de tener un papel activo, lo cual les permitiría conservar cierta posición social.

Los datos de principios de la década muestran que la participación laboral es mayor en las áreas rurales que en las urbanas, porque en las primeras el sentido del trabajo se relaciona más con la producción de la tierra y porque no existen planes de retiro para trabajadores del campo. El 93.1%

de la población con 60 años y más de las áreas rurales no cuenta con una pensión y el 83.6% de los que residen en áreas urbanas tampoco la tienen (Gomes, 1997). No obstante, si bien los hombres participan más que las mujeres en el ámbito nacional, en las áreas urbanas trabajan más las mujeres y en las áreas rurales los hombres (Gomes, 1997). La participación de las mujeres en edad avanzada en la ciudad tal vez tenga relación con la creciente participación de las jóvenes en el mercado de trabajo. Una investigación con diferentes cohortes de población femenina encontró que en el área metropolitana de la ciudad de México, las mujeres de entre 12 y 44 años en su mayoría eran asalariadas (76%) y tienen ocupaciones no manuales. Las mujeres entre 45 y 64 años se ubicaban, en una tercera parte, en actividades manuales (38%), no manuales (30.9%) y como vendedoras (30.7%). Casi el 50% de éstas eran asalariadas y un 41% no asalariadas. Mientras que las mujeres con 65 años y más se ubicaban en actividades de venta (51.5%) y manuales (34.9%), la mayoría eran no asalariadas (Montes de Oca, 1995). Desde el enfoque de la sociología de la edad, como se ha ratificado en otras investigaciones, la acumulación de la edad cronológica en las mujeres parece agruparlas en ciertas ocupaciones, en México son aquéllas sin un ingreso fijo y sin prestaciones sociales. Tal vez esta mayor participación de las mujeres en edad avanzada de algunas ciudades responda también a una demanda femenina relacionada con el mercado de trabajo. La condición de género que distribuye los trabajos domésticos a las mujeres, y en especial la percepción de que éstos son responsabilidad de las amas de casa, tal vez den como resultado una combinación generacional de trabajo femenino. Esta fórmula resuelve en buena medida la excesiva jornada laboral y doméstica de las mujeres de los 90. En cierta manera y sólo bajo esa lógica, el trabajo de las mujeres en edad avanzada es valorado socialmente. No obstante, la labor en la reproducción cotidiana de los hogares y la búsqueda de ingresos de las mujeres jóvenes y ancianas se realiza en condiciones precarias, tienen bajos salarios, sin prestaciones ni confianza por cubrir los requisitos para gozar de una atención digna en las instituciones de seguridad social (Pacheco, 1997; Pacheco, 1999). En México, son las mujeres quienes en mayor proporción carecen de una pensión. Algunas autoras han mencionado que “las mujeres de todas las edades padecen la discriminación en el empleo a causa del sexo y las personas mayores, tanto hombres como mujeres, están afectadas por la misma discriminación a causa de la edad” (Bernard, *et al*, 1996: 92).

La edad social como factor de expulsión del mercado laboral se manifiesta de manera distinta según el tamaño de la localidad, la rama de actividad, el tipo de actividad asalariada o no asalariada, pero sobre todo por el género. Uno podría especular que hay una transferencia de trabajadores de ciertas actividades asalariadas que conforme envejecen pasan a realizar actividades no asalariadas. De hecho hay población masculina pensionada que invierte en un negocio y continúa trabajando en su vejez. Según Salas, con información de 1996, 80% de los hombres y 89% de las mujeres activas trabajan en unidades de hasta cinco miembros (Salas, 1999), tal vez pequeñas empresas familiares. Estos cambios pueden ser producto de la oferta y la demanda del mercado de trabajo, así como de las características individuales que se esperan del trabajador, lo que ocasiona que mucha gente se desanime al buscar trabajo asalariado por no cumplir los requisitos de edad, y les obliga a crear sus propios empleos. Los ancianos en las áreas rurales se ocupan como campesinos (42.2%) y peones (15.4%), mientras en las áreas urbanas lo hacen en el comercio formal (45.2%), (Gomes, 1997).

Cada rama de actividad tiene una concepción de edad social, es la industria y ciertos servicios del sector terciario los que con más rigidez expulsan a su personal por causa de la edad, pero también son algunos servicios los que integran personal con mayor edad. Curiosamente son las primeras las que regulan la salida de su personal con los planes de retiro, sobre todo a través del IMSS y el ISSSTE, pero también son los servicios quienes están menos preocupados por otorgar a sus trabajadores seguridad en su vejez. En las áreas urbanas, de la población con 60 años y más sólo 11.9% (7.8% hombres y 4.1% mujeres) cuenta con una pensión del IMSS, y sólo 2.3% (1.5% hombres y 0.8% mujeres) de ellos tiene una pensión del ISSSTE. En las áreas rurales, 6% tiene pensión del IMSS y 0.8% del ISSSTE (Gomes, 1997).

Tal vez la gente que trabaja en el campo se encuentra forzada a seguir trabajando hasta la muerte, tratando de obtener productos de la tierra que puedan garantizar el autoconsumo de la comunidad, el mantenimiento de su familia o la posibilidad de vender algo para poder comprar los enseres necesarios; mientras que las mujeres en edad avanzada de las ciudades y del campo son las que al final de sus vidas se encuentran sin protección económica por las instituciones públicas y las familias. Recordemos que el perfil general de la población anciana en México es de bajos niveles

educativos (cuadro 5 en Montes de Oca, 1995; cuadro 5 en Gomes, 1997). Esto hace que muchas mujeres en edad avanzada realicen trabajo doméstico¹² y actividades de venta¹³, con lo cual se reafirma su vulnerabilidad dentro del mercado de trabajo y la sociedad. Información sobre el área metropolitana de la ciudad de México confirma que estas mujeres se ocupan en los servicios personales (trabajo doméstico, cocineras, amas de llaves, etcétera) y en los servicios distributivos fundamentalmente sin un ingreso confiable y seguro (Montes de Oca, 1995). De hecho la mayoría no está inscrita en ningún plan de pensiones ni conoce si la empresa donde trabaja los otorga.

Según información para 1994¹⁴, el 13% de las mujeres con 60 años y más del país se perciben activas, porcentaje similar al de las mujeres activas de la ciudad de México de 1992 (13.5%), (Montes de Oca, 1995 y 1996) y áreas más urbanizadas. Este porcentaje es inferior al reportado por Salas (1999) para 1996, del 17%, lo que sugiere que en los últimos tiempos y después de la crisis de diciembre de 1994, la población femenina en edad avanzada aumentó su participación en el mercado laboral.

No obstante, es posible pensar que esta participación económica puede ser mayor. Es sabido que la actividad productiva de las mujeres en el campo, por ejemplo, muchas veces es temporal, esporádica, de tiempo

¹² Chaney y su equipo mencionaron que las mujeres del servicio doméstico luchan por sí mismas y por sus hijos en la edad madura, pero viven una vejez incierta, pues carecen de seguridad social en la mayoría de los casos; son ocupaciones en las que no ascienden y en las que los gobiernos no han regulado horas de trabajo, vacaciones, días de salida o seguridad social (Bunster y Chaney, 1988; Chaney y Castro, 1993). En algunos lugares como México, donde la situación económica de los hogares no permite el empleo en una sola casa, las trabajadoras domésticas se han empleado de *entrada por salida* haciendo aún más vulnerable su situación económica, pues dependen de la disposición personal de los patrones, así como del volátil ingreso familiar de quienes las contratan.

¹³ El comercio es una actividad que permite la distribución de mercancías y que en los últimos años en México ha crecido mucho, además de ser una actividad eminentemente femenina desde la colonia, para las mujeres en edad avanzada representa una actividad que no requiere esfuerzo físico o capacitación y, por otro lado, ha permitido sobrevivir a muchos hogares y generaciones, de ahí que incluso con problemas físicos de funcionalidad la población pueda insertarse con poco riesgo. La venta de artesanías, del excedente de la cosecha o de alimentos típicos, puede ser una actividad realizada por este segmento de la población y con la cual han estado relacionadas toda su vida. Asimismo, estas actividades no están devaluadas socialmente. Ello es patente porque incluso la ocupación de vendedora entre las mujeres con 80 años y más tiene un porcentaje nada despreciable. De hecho es la única actividad que se mantiene constante entre los grupos de edad.

¹⁴ Datos de la Encuesta Nacional sobre la Sociodemografía del Envejecimiento, realizada por Conapo/DIF, en 1994.

parcial y las preguntas planteadas en las encuestas no permiten rastrear las posibles actividades de las mujeres en edades avanzadas sobre todo en zonas rurales. La subnumeración se debe en buena medida a que realizan actividades económicas dirigidas al autoconsumo que no son percibidas como trabajo; la producción dirigida a la subsistencia no es captada fácilmente con esos instrumentos, logrando encubrir la contribución de la mujer dentro de la población económicamente activa (Wainerman y Moreno, 1987). Aunque pueda suceder lo mismo en algunas ciudades del país, en apariencia en esas zonas existe una clara demanda de servicios que muchas veces realiza la población femenina en edad avanzada, y que en otros casos son pagados o retribuidos, lo que refuerza la concepción del trabajo como algo remunerado.

La alta participación de los hombres del campo y de las mujeres de la ciudad no puede considerarse, en general, un espacio de conquista y libertad ante el deseo de trabajar, sino la continuación de un estado de dependencia impuesta por la desigual estructura de oportunidades que tuvieron en la educación y en la seguridad social. Es posible considerar este comportamiento como una respuesta a su fragilidad social y a la necesidad de ingresos propios. Salas (1999) encuentra que los ingresos de los trabajadores con 60 años y más son de menos de 2 salarios mínimos en 1996. No está de más mencionar las condiciones de pobreza imperantes en el campo mexicano, pero las mujeres —por su condición de género— y los ancianos —por la discriminación de edad— viven condiciones desventajosas impuestas que les genera miseria y enfermedad. Las mujeres fueron educadas para depender del esposo y luego de los hijos. A la muerte del esposo, la respuesta inmediata institucional debería ser el apoyo económico, sin embargo, muchas veces ni el propio cónyuge contaba con una pensión para su vejez. La vulnerabilidad económica de las mujeres es evidente al observar su nivel de participación y el tipo de actividades que realizan. Pero los ancianos también son vulnerables, porque al acumular años, la sociedad y las instituciones sociales comienzan a relegarlos por efecto de la estructura institucionalizada organizada a partir de la edad.

Aunque numéricamente la cifra de mujeres activas en la tercera edad es reducida en contraste con la de los hombres,¹⁵ llama la atención el tipo de hogares en los cuales se insertan. Cerca del 40% vive en hogares ampliados y casi el 15% en hogares unipersonales. A pesar de esta difícil situa-

¹⁵ Para mayor información sobre los hombres véase Gomes, 1997 y Montes de Oca, 1995.

ción económica, ellas parecen tener un papel importante para sus parientes y algunos miembros del hogar. Según la información, para 1994 las mujeres activas ayudaron a algunos familiares dándoles dinero y comida, tanto en las zonas urbanas como en las rurales, y también brindaron ayuda en quehaceres domésticos. Esto quiere decir que dichas mujeres, además de su condición en la vejez y su participación económica en el mercado de trabajo, todavía ayudan a otros realizando actividades domésticas (manejo del dinero, hacer compras, cocinar, limpiar la casa y cuidar niños) y en menor porcentaje brindan ayuda física (cuidar, vestir, bañar a otro) (Montes de Oca, 1996 y 1998).

Tratando de presentar una conclusión sobre la situación social y económica de las mujeres y hombres en la tercera edad en México, es posible afirmar que su trabajo, el que a veces realizan en un estado funcional no aceptable (cuadro 1 en Wong y Figueroa, 1998; cuadro 2 en Montes de Oca, 1996), contribuye significativamente al desarrollo de sus comunidades y a su mantenimiento personal en esta etapa de su vida. Si bien su actividad económica se inserta en ocupaciones con poca seguridad económica y a veces poco valor social, es posible que sus capacidades monetarias sean importantes para ellos y para sus familiares. Las mujeres activas, por su parte, tienen doble actividad significativa: trabajan y con su dinero apoyan a otros miembros de su familia, sobre todo generaciones más jóvenes. Gracias a la ayuda económica y doméstica de estas mujeres en edad avanzada, es posible que jóvenes generaciones realicen idealmente otro tipo de actividades propias del curso de su vida (crianza de niños, estudios, trabajo, cuidado de enfermos, etcétera). Con seguridad algunas ancianas cuidan nietos mientras sus hijos e hijas trabajan. El papel social de algunos hombres y mujeres en edad avanzada puede estar configurado por su participación en el mercado de trabajo y por su apoyo familiar y social.

b) El retiro: la difícil salida del mercado laboral

Uno de los eventos más significativos en la vida de las personas es su primer trabajo, la primera quincena, las primeras vacaciones pagadas, eventos que tal vez enorgullecen más a las personas por permitirles ubicarse en la estructura social. El reconocimiento social aunado a la satisfacción por la retribución económica podría ser un sentimiento ligado a la independencia y la autonomía de decisiones de ciertos sectores socia-

les. Sin embargo, otro de evento significativo en el curso de vida de los individuos es el retiro, la salida del trabajo por haber cumplido normativamente una cantidad de años. El retiro ha sido estudiado a través de algunas fuentes de información, pero aún se desconocen los impactos subjetivos de esta transición. Se entiende como retiro el paso con el cual un trabajador sale del mercado de trabajo vía plan de pensiones o porque ya no obtiene empleo debido a su edad. La institución del retiro es una de las formas más rígidas de aplicar el criterio de la edad social. Cultural y socialmente a partir del retiro comienza una forma de vejez social que no siempre tiene eco con la edad cronológica (Mishara y Riedel, 1986). Para algunos académicos representa un deterioro económico y desde la gerontología moderna se considera una transición traumática con serias consecuencias en el ámbito de lo familiar e individual diferente, en sustancia, para hombres que para mujeres.

El retiro institucionalizado es una construcción social moderna cuyo origen se remonta a las políticas de Bismarck en la Alemania de finales del siglo pasado, es decir, en las etapas tempranas de la industria capitalista. Solís (1996: 141) comenta que la universalización del retiro converge con tres factores: el aumento en la esperanza de vida en la época moderna, pero también por el tipo de relaciones entre capital y trabajo “despojando al trabajador de los medios de producción, y arrebatándole parcialmente la decisión en cuanto al momento de su retiro”, y por último con la consolidación de un marco jurídico que avala las relaciones capitalistas y establece “prescripciones legales firmes en torno a los tiempos del retiro”.

Estas prescripciones legales tienen, al decir de especialistas en seguridad social, varios supuestos ocultos —caducos hoy en día— que hacen que su conexión entre hombres y mujeres sea desigual. Según Rösner (1997) las leyes sociales¹⁶ de 1881 de Bismarck se basan en formas y funciones de la familia. Para el funcionamiento de estas leyes, tan difundidas en América Latina, se cuenta con que la familia tipo tiene un *jefe* de familia *masculino* que obtiene sus ingresos de una relación laboral *formal* y que por tanto realiza aportes al seguro social. Su mujer e hijos no tienen una ocupación formal y por ende tampoco realizan aportes, pero están ase-

¹⁶ Rösner (1997) indicó que las leyes sociales de Bismarck de 1881 se implementaron por primera vez en el mundo como un amplio sistema de seguros sociales que tuvieron una función pionera y su carácter modelo trascendió la frontera alemana con importante influencia tanto en Europa continental como, en particular, en América Latina.

gurados en el sistema, en su calidad de familiares del titular. Este tipo de familia en general tal vez nunca ha existido en nuestros países, o si es así ha cambiado y ahora es un modelo minoritario. No cuento con información para saber si ante esta dinámica familiar el sistema que propuso el gobernante alemán en su momento realmente haya beneficiado a la sociedad, pero lo que es claro es que hay incongruencia entre el tipo de seguro social establecido en su mayoría en América Latina y el tipo de familia actual. La jefatura familiar ya no es sólo masculina ni los hombres son el principal sustento económico de los hogares, el ingreso no sólo proviene de actividades formales y en muchos casos aún así no se realizan aportes al seguro social. Esta relación debe analizarse más y encontrar nuevas estrategias incluso con la Nueva Ley del Seguro Social aprobada en México en 1995.

La manera en que se establece la cronología del curso de vida a través de trayectorias y transiciones más o menos normadas ha señalado al retiro como un evento normal, aceptable y por el cual todos esperamos pasar. Sin embargo, las diferencias entre países ha hecho que la experiencia del retiro se practique más en las ciudades donde la influencia institucional es más rigurosa, pero no en el campo. De hecho la estructura económica y política, así como la distribución ocupacional de los países, en parte define este comportamiento respecto al retiro. Se ha señalado en el apartado anterior la inclusión de las personas en los planes de retiro y pensión a partir del tiempo laboral, de su inserción ocupacional, pero sobre todo de su condición de género. En ese sentido los derechos a la jubilación son un aspecto poco reflexionado y supervisado institucionalmente, además de poco reclamado en nuestra cultura laboral. Los sindicatos fueron actores importantes en la configuración de la cultura laboral, sin embargo, en los últimos años en todo el mundo, pero más en los países en desarrollo, observamos una disminución del poder negociador de los sindicatos, los cuales garantizaban sólo los derechos de ciertos grupos laborales. Este fenómeno parece formar parte de la conversión del Estado y la debilidad de la sociedad civil a través de la despolitización de la clase trabajadora. Estos aspectos no lograrían que el retiro fuera menos grave, pero si compromete a asumir mayor responsabilidad ante el ciudadano que no cuenta con seguridad social, a pesar de haber trabajado, y que alcanzando la vejez incrementa su vulnerabilidad.

Como vimos con anterioridad, a pesar de que una tercera parte de la población con 60 años y más se considera activa, la población retirada forma parte

de este gran mundo que compone el 70% restante, es decir, los y las inactivas. El panorama social de la población inactiva es una incógnita en los estudios sobre vejez. Algunos datos sobre México muestran que la edad mediana en la que el 50% de la población con 60 años y más, residente en localidades con menos de 100 mil habitantes, abandona la actividad económica es de 73.2 años, mientras que en las localidades con más de 100 mil habitantes es de 65.3 años, es decir, gran parte de la población se retira en plena vejez, pero en las áreas rurales es donde la gente trabaja por más tiempo debido a que no existen formas institucionalizadas de retiro, por un lado, y porque las necesidades de trabajo son mayores a consecuencia de la precariedad de esas zonas. Aquella población que no está incorporada a planes de pensión tiene una edad mediana de 71 años, mientras que los que sí están insertos a esos programas se retiran, en un 50% de la población, a los 64.8 años. Esto confirma que aquéllos que no saben de qué vivirán en la vejez continúan trabajando como una estrategia de sobrevivencia. Además, las generaciones más jóvenes parecen mostrar la tendencia de retirarse a mediana edad. Por ejemplo, los nacidos antes de 1919 se retiran a los 73.2 años, los nacidos entre 1920 y 1929 se retiran a los 69.5 años y aquellos nacidos entre 1930 y 1934 lo hacen a los 64.9 años. Esto muestra que en las recientes décadas la incorporación de los sistemas de pensiones en la vida laboral sólo incluyó a ciertas generaciones, posiblemente dejando sin regular el trabajo de las generaciones muy viejas, quienes sin apoyo institucional continúan realizando actividades. Al parecer el peso de la edad social en ciertas generaciones es más fuerte por estar mediada por las instituciones y el Estado.

La información advierte que las mujeres se retiran a los 61.9 años, mientras que los hombres lo hacen a los 72.2 años. Algunas investigaciones también muestran que las mujeres tienden a ver con mayor aceptación el proceso de jubilación, en tanto que los hombres se resisten a ello. La condición de género señala que las mujeres por su tradicional relación familiar, perciben el retiro como una oportunidad para desarrollar las relaciones familiares y no familiares, de una forma más intensa. En los Estados Unidos se descubrió que las mujeres eran menos aprensivas que los hombres acerca de los efectos de la jubilación (Streib y Schneider, 1971; citados en Bernard, *et al*, 1996). Otros han notado que, en estudios a profundidad, las mujeres hablan menos de su jubilación que los hombres (Atchley, 1976; citados en Bernard, *et al*, 1996). Por último, la existencia de apoyos informales es una condicionante que facilita el retiro de las personas de la actividad económica. Aquéllos que tienen alguna for-

ma de apoyo informal también se retiran antes (a los 68.9 años) que los que no recibieron ningún tipo de ayuda familiar (71.9 años), (cuadro 1, en Solís, 1996 o 1997). Esto confirma lo señalado por otros estudios en el sentido de que hay una profunda relación entre los apoyos sociales, específicamente entre los institucionales y los informales. A nivel de lo familiar el hecho de que los padres en edad avanzada trabajen, sobre todo las mujeres, suscita un sentimiento negativo entre la sociedad. Se sabe de casos en que las mujeres en edad avanzada tienen que retirarse de trabajar por el hecho de avergonzar a sus hijos e hijas, quienes prometen hacerse cargo de ellas, pero con el paso del tiempo éstas mujeres no cuentan con apoyo informal ni formal.

Por otro lado, el tiempo que se requiere para que el 25% de la población retirada con 60 años y más pase a ser 75%, denominado rango intercuartil, es un indicador importante para evaluar el retiro tardío de la población anciana en el mercado de trabajo. El rango entre aquéllos que residen en localidades con menos de 100 mil habitantes es de 20.1 años, en los que viven en lugares con más de 100 mil habitantes es de 18.9 años. El rango intercuartil entre las generaciones más viejas es de 18.6 años, las mujeres de 23.7 y los hombres de 19.4 años, los que no cuentan con plan de pensión tardan en pasar 21.5 años, de 25% de población retirada a 75%, y los que sí se insertan en planes similares sólo 13.5 años. La tendencia general que se observa es que los ancianos(as) que viven en áreas rurales, no tienen apoyo formal, las mujeres son de generaciones avanzadas y requieren más años para retirarse del mercado de trabajo (Solís, 1996 o 1997).

La variación en el tiempo de retiro puede considerarse desde el punto de vista cuantitativo, un efecto de la percepción social sobre la edad en las personas. Un proceso biológico ineludible en la condición humana, como es el acumular años, tiene connotaciones sociales distintas en cuanto a su relación con el mercado de trabajo. Antes vimos que la rama de actividad, la inserción ocupacional y fundamentalmente la condición de género, entre otras, pueden promover calendarios laborales distintos, sin embargo, esto es evidente al observar los cálculos de Solís (1996) respecto al retiro entre la población con 60 años y más. Sin embargo, lo que resalta es la necesidad de desarrollar técnicas y herramientas que nos permitan analizar la historia laboral de la población envejecida. Además, se vuelve fundamental conocer la percepción del retiro entre hombres y mujeres, entre actividades económicas y con niveles educativos variados. Algunas investiga-

ciones de otras latitudes sugieren que el tipo de actividad condiciona de manera significativa el hecho de retirarse. Aquellas labores que dependen de cierta fuerza física (deportes, construcción, por mencionar algunas) pueden propiciar que sin mostrar enfermedad la gente tienda a retirarse o a cambiar de actividad, por lo que sin lugar a dudas, las trayectorias laborales de los trabajadores mexicanos son un tema necesario de investigar en cuanto a la intensidad, niveles y calendarios.

Otra investigación con información sobre 1992, muestra otro aspecto importante del retiro de la población. Entre diferentes cohortes de hombres y mujeres de la población económicamente inactiva en el área metropolitana de la ciudad de México, la principal causa para dejar de trabajar fue la jubilación temprana. El caso de los hombres llama la atención que el 49.9% se declaró jubilado en la cohorte entre 45 a 64 años y 60.6% en la cohorte con 65 años y más (Montes de Oca, 1995). Al respecto, puede observarse que en esta entrada social al ámbito de la vejez, mientras que no han alcanzado edades avanzadas según la cronología el mercado de trabajo ya los expulsó institucionalmente. En las mujeres la situación es distinta, porque manifiestan como causa principal de su *inactividad* los quehaceres del hogar entre la cohorte con 45 a 64 años (92.9%) y aquella con 65 años y más (84.2%). La gran mayoría (49.9 y 60.6%, respectivamente) de población masculina de las cohortes intermedias y vieja viven de su pensión, mientras que las mujeres declaran que las sostienen de forma económica. Las preguntas evidentes pueden ser: ¿Cuánto tiempo puede sobrevivir esta población con una esperanza de vida más amplia y con una pensión tan pobre? ¿Cómo es posible garantizar que esta población *inactiva*—a la cual sostiene la familia— pueda vivir de manera digna? Tal vez podamos responderlas en el futuro.

c) La otra inactividad: tema de reflexión y cuestionamiento

El estudio de la población económicamente inactiva es un tema de difícil exploración, pero fundamental para entender con toda justicia el amplio y heterogéneo segmento que representa la población anciana. El 70% de la población con 60 años y más no trabaja, la gran mayoría son mujeres como resultado de la mayor esperanza de vida femenina, también porque, como hemos visto, los hombres más que las mujeres continúan trabajando a edades avanzadas. En su mayoría se considera como población económicamente inactiva a los estudiantes, pensionados y amas de casa, que en definitiva el término inactividad imprime un valor que muchas veces

hace invisible las actividades de esta población. De hecho el término inactivo se conecta con el de pasivo. Muchas investigaciones han resalta-do la dependencia que sufre esta población respecto a sus familiares y cónyuges económicamente activos, sin embargo, esa relación de depen-dencia económica no determina que dicha población no haga nada a cam-bio. La asociación entre inactividad y pasividad busca romperse cuando se descubre la importante contribución de hombres y mujeres en la re-producción cotidiana, sobre todo en la crianza de los hijos, la elaboración de alimentos y, en fin, la reproducción de la fuerza de trabajo en la orga-nización social contemporánea. Muchos estudios han tratado de hacer visible esta actividad social, aún así, se resalta poco el papel de la pobla-ción con 60 años y más. La posibilidad de captar sus actividades es difícil y lo peor es que parece no interesar a los criterios de la economía y a los hacedores de estadísticas, de ahí que se carezca de información al respec-to. Como muchas de sus actividades no entran en la circulación del capi-tal, es decir, no se venden ni compran, no son objeto de investigación. Una primera aproximación al ámbito de la inactividad es la investigación alrededor del trabajo doméstico, de los sistemas de apoyo informal, así como de las relaciones de intercambio con las generaciones más jóvenes.

Sobre las actividades domésticas no remuneradas, que no son captadas propiamente como trabajo, hay mucha investigación, pero no para la po-blación anciana (Bunster y Chaney, 1988; Chaney y García Castro, 1993). Para estas generaciones realizar trabajo doméstico puede ser su única actividad, porque se identifica como propio de lo *femenino*. Aunque en términos concretos desconocemos a qué tipo de tareas se refiere, cuánto tiempo les dedican, cuál es su efecto en la salud física y mental; en parte esta marginación temática se debe a que incluso las mismas mujeres las consideran poco importantes. También desde la academia, dichas temáti-cas se tratan poco, este se considera como efecto de la sociología domina-da por la visión masculina en la que el trabajo de las mujeres no se consi-dera importante.

Las diferentes perspectivas teórico-metodológicas critican la tendencia a considerar que las mujeres, por su condición biológica en la reproduc-ción, tengan inclinaciones naturales como amas de casa. Al respecto se argumenta acerca de la construcción social del ser mujer, lo que las con-fina en posiciones sociales de tipo subordinado. Otra postura también critica la idea de que la familia sea una unidad de consumo, en la cual se

realizan intercambios armónicos de bienes y servicios. Además, se argumenta que la familia también es una unidad de consumo y producción no necesariamente sin conflicto, aunque lo que se produce con las tareas domésticas no se contabiliza y reconoce, por realizarlo las mujeres (menos si son ancianas). La discriminación hacia el trabajo de las mujeres también se refleja en la poca valoración que se le da al trabajo doméstico. La marginación hacia las mujeres ancianas es mayor cuando ni siquiera su participación al interior del hogar es valorado. Una última perspectiva crítica la visión de que el trabajo al interior de la familia no es mercantilizable, porque son servicios afectivos, por tanto carecen de valor y son invisibles para la sociedad (Sánchez Gómez, 1989). Cada uno de los mitos alrededor del trabajo doméstico, nos permite observar y entender por qué no se estudia y por qué hasta en nuestra vida cotidiana seguimos sin valorarlo y en esa lógica parece que no se entiende el trabajo de las mujeres en la tercera edad. Esta preocupación parece tener más sentido cuando hablamos de una población que se considera socialmente *inactiva*, frágil en general, cuya etapa de vida y condición femenina la confina a ciertas actividades no explícitas en general.

Entre las mujeres con 60 años y más, pertenecientes a una generación con poca escolaridad y fuerte condicionamiento de género, la relación que experimentaron entre reproducción biológica y cotidiana parece estrecha. Para las mujeres, ser amas de casa muchas veces resultó la única alternativa ante la presión familiar y social. Pocas fueron las que en otras épocas rompieron con la tradicional concepción de la mujer (Cano y Radkau, 1994). De hecho, para las que en su momento trabajaron y realizaron actividades económicas de tipo formal, la relación con la maternidad y el matrimonio las sometió a encrucijadas personales donde la opción laboral terminó por extinguirse, permaneciendo en el seno familiar como criadoras de un amplio número de hijos, cocineras consagradas, cuidadoras de enfermos y demás expertas en *quehaceres domésticos*. Hoy por hoy muchas de ellas concluyeron su ciclo de crianza y en muchos casos comenzaron una segunda maternidad como cuidadoras de sus nietos al tratar de apoyar a sus hijas e hijos, nueras y yernos. En la ciudad de México es común encontrar, ante la actividad laboral de sus padres, a las abuelas y abuelos como segundos padres que van a recoger a sus nietos a la escuela, generando ahorro y optimización de los recursos domésticos.

Según la ENSE, las mujeres inactivas con 60 años y más son fundamentalmente cónyuges (39.2% en áreas urbanas y 48.2% en rurales), es decir, residen con el esposo. Una tercera parte es jefa de hogar y otro tanto reside como allegada a un núcleo familiar que puede ser el de los hijos o algún pariente. Cerca del 45% en las ciudades y 53% en las zonas rurales está casada o unida, mientras que una gran proporción es de viudas (43.8% en las localidades urbanas y 38% en las rurales). Es definitivo que en las áreas rurales las mujeres reportan menor escolaridad en comparación con las que residen en localidades urbanas. En las primeras, el 60% casi no tiene estudios, mientras que cerca del 40% no los tiene en las segundas. En cualquier tipo de localidad las mujeres con 60 años y más reportan condiciones de salud deficientes, es decir, no pueden salir de casa, sufren de incontinencia, no pueden bañarse solas y en gran cantidad de casos no pueden realizar tareas domésticas pesadas. Y aunque la mayoría reside en hogares ampliados de tipo monoparental (26%) y de estructura conyugal (22%), no sabemos cuál es el papel de estas mujeres al interior de sus unidades domésticas. La encuesta muestra cómo una cuarta parte de esta población no recibe ningún tipo de ingreso, sea por pensión o apoyo familiar, aunque el resto se concentra ganando menos de 1000 pesos y sólo un 10% en las zonas urbanas puede alcanzar hasta 5 000 pesos. Además, tres cuartas partes de la población femenina con 60 años y más no es propietaria de la vivienda donde reside, aunque poco más de la mitad reporta tener algunos bienes (casas, terrenos, vehículos, ahorros, entre otros), (Montes de Oca, 1998).

Bajo esta situación es lógico suponer que estas mujeres realizan un variado mosaico de actividades generalmente vinculadas con su familia. La información sobre las redes de apoyo permite observar que las mujeres inactivas, en muchos casos, realizan labores domésticas, sobre todo en las áreas urbanas, lo cual nos sugiere algunas posibles estrategias familiares, en las cuales la actividad de las mujeres mayores resulta fundamental para las economías domésticas.

En cuanto a los sistemas de apoyo, las mujeres y hombres mayores de 60 años brindan ayuda incluso a gente que no les proporciona ningún tipo de apoyo monetario ó físico, lo que muestra con claridad los apoyos de estas mujeres a gente posiblemente incapacitada o menores de edad. Situación que representa un gran ahorro y una estrategia relevante para las familias mexicanas. Al rastrear el tipo de actividades, la información mues-

tra que un porcentaje significativo da apoyo físico. Otro porcentaje similar proporciona ayuda doméstica y comida, muchas veces con una frecuencia casi diaria (Montes de Oca, 1998).

Pocas mujeres continuaron trabajando hasta alcanzar los años necesarios para disfrutar de una pensión. Sólo el 13% en áreas urbanas y 5% en áreas rurales lo lograron y obtuvieron su jubilación. Durante su vida laboral experimentaron una época donde la inserción de la mujer en el mercado de trabajo se iniciaba, no sin dificultades culturales e ideológicas con la población masculina. Era una época en que el gobierno crecía como institución y empleaba fuerza de trabajo femenina, además el ingreso permitía sobrevivir con holgura y la seguridad social les permitía cuidar de sus hijos, atender sus embarazos y algunas otras prestaciones. Pero ese tipo de mujeres que llegaron a alcanzar una pensión en la vejez por su trabajo es mínimo, sólo el 16% tiene pensión en las localidades urbanizadas y el 7% en las menos urbanizadas. La gran mayoría abandonó su actividad en el mercado de trabajo una vez contraído matrimonio o en el primer embarazo. Aunque también reportan haber abandonado su actividad por su propia enfermedad o la de algún pariente (54% en áreas rurales y 33% en las urbanas). Tales circunstancias, sin embargo, las entrenaron en actividades domésticas y de tipo familiar que les permitió una socialización diferencial con pros y contras en la etapa de vejez. Por un lado, las hicieron vulnerables en cuestiones financieras, dependientes de su situación familiar y, por otro lado, las volvió sujetos formadores de redes sociales y recursos potenciales de apoyo familiar. La propensión a relacionarse entre los parientes parece ser más fuerte entre las mujeres que entre los hombres, la construcción de redes sociales y la vinculación con vecinos en alguna actividad comunitaria las hace diferentes en la vejez. En México, no podemos constatar con información esas actividades, sin embargo, como lo describimos con anterioridad, desde su inactividad ellas son un soporte claramente activo en la reproducción cotidiana de sus unidades domésticas.

Reflexiones finales

Si bien los estudios sobre la edad no fueron muy difundidos ni incorporados a la reflexión sociológica ya iniciada por el envejecimiento demográfico, tam-

bién hubo cierta invisibilidad de la edad en la agenda feminista, lo que llevó a excluir la situación de los ancianos y en especial de las *mujeres en edad avanzada*, marginación que contribuyó al fortalecimiento de la imagen patológica con que se asociaba a la vejez (Arber y Ginn, 1991). La categoría *edad* ha tratado de incorporarse de inicio, aludiendo a fenómenos como la vejez, pero en realidad tiene el objetivo de evidenciar un proceso en el cual la acumulación de años tiene consecuencias sociales de naturaleza inversa, donde a más edad menos ventajas. Lo cierto es que aún con todo, la edad no ha sido integrada por la sociología. Su importancia radica en que permite complementar los esquemas explicativos para entender una sociedad tan compleja como la nuestra, en que la condición de género, desigualdad por clase social (a través de la inserción ocupacional de los individuos) y raza/etnia nos da herramientas de naturaleza económica y cultural fundamentales.

En este trabajo consideré importante rastrear una discusión teórica y la evidencia de otros países sobre la importancia de la edad sobre todo para entender el comportamiento del mercado de trabajo y una forma aún no visible de discriminación institucionalizada a partir de la edad. Los datos sobre México, nos permiten visualizar un panorama más cercano de la forma en que esta cronologización institucional opera en nuestra realidad. Los calendarios laborales son diferentes según el tamaño de localidad, rama de actividad, tipo de ocupación, inserción en algún plan de pensiones, pero fundamentalmente si se es hombre y mujer. Estas diferencias deberían reflejarse en las políticas públicas sobre empleo.

La categoría clase social directamente vinculada al empleo nos conecta con una dimensión importante en la vida social: el trabajo, que no sólo brinda subsistencia sino también identidad. En la edad avanzada el trabajo otorga posición social y es el único recurso ante contextos desventajosos. El retiro está lejos para ciertos grupos sociales. Por último, una vinculación indirecta con el mercado de trabajo —no por ello menos importante— es la mal llamada *inactividad*. Palabra que esconde una dinámica de intercambios fundamentales para el conjunto de la población y donde la población femenina anciana es primordial, sobre todo en los contextos en los cuales las instituciones y las prestaciones sociales se debilitan.

Incorporar la edad no significa incorporar una variable más en los análisis, sino tomar en cuenta “los desequilibrios potenciales de poder estructurados por las relaciones de edad” (McMullin, 1996). Por eso, el

envejecimiento como fenómeno mundial inquieta a los sociólogos, aunque se sigue percibiendo una marginación temática, reflejo de la propia marginación social. En esta estructura jerárquica las mujeres ancianas son las personas que ocupan la última posición social (Chappell y Havens, 1980, citado en McMullin, 1996; Ariño, 1996). Cito:

Los desequilibrios de poder configuran las construcciones teóricas; el lugar que ocupa un grupo en la estructura social influye en la cantidad de atención teórica que se le presta. Por tanto, las mujeres ancianas tienden a ocupar una posición de categoría social inferior que los hombres de todas las edades y que las mujeres más jóvenes (excepto en el caso de que se trate de madres sin compañero), sobre todo en términos económicos (McMullin, 1996).

Bibliografía

- Achenbaum, W.A. *Old Age in the New Land*, Baltimore, MD: The Johns Hopkins, University Press, 1878.
- Arber, Sara. "Class, 1991, Paid Employment and Family Roles: Making Sense of Structural Disadvantage, Gender and Health Status", *Social Science and Medicine*, United States, 1991, pp 32, 4, 425-436.
- . "Integrating Nonemployment into Research on Health Inequalities", *International Journal of Health Services*, United States, 1996, pp 26, 3, 445-481.
- Arber, Sara, y Jay Ginn. "Gender and Inequalities in Health in Later Life", *Social Science and Medicine*, United Kingdom, 36, 1, Jan, 1993, pp 33-46.
- . *Relación entre género y envejecimiento. Enfoque sociológico*, Madrid, Narcea, S.A. de Ediciones, 1996.
- . "Research Note. Class and Caring: A Forgotten Dimension", *Sociology*, United Kingdom, 26, 4, Nov, 1992, pp 619-634.
- Arber, Sara y Jay Ginn. "The Invisibility of Age: Gender and Class in Later Life", *Sociological Review*, United Kingdom, 39, 2, May, 1991, pp 260-291.
- Arber, Sara y Nigel Gilbert. "Men: The Forgotten Carers", *Sociology*, United Kingdom, 23, 1, Feb, 1989, pp 111-118.
- Arber, Sara, Nigel Gilbert y Angela Dale. "Paid Employment and Women's Health: A Benefit or a Source of Role Strain?", *Sociology of Health and Illness*, United Kingdom, 7, 3, Nov, 1985, pp 375-400.
- Ariès, Ph. *Centuries of Childhood. A Socia History of Family Life*, Vintage Books, 1962.
- Ariño Villarroya, Antonio. *La doble marginación*, España, 1996, pp 313-327.

Banco Mundial. *Envejecimiento sin crisis. Políticas para la protección de los ancianos y la promoción del crecimiento*, Banco Mundial, Washington, D.C., 1994.

Beauvoir, Simone de, *La vejez*, Editorial Hermes, Buenos Aires, 1990.

Bernard, et al. "Trabajo y jubilación marcados por el género", *Relación entre género y envejecimiento: enfoque sociológico*, col. Mujeres, Editorial Narcea, Madrid, 1996, pp. 89-104.

Bunster, Ximena y Elsa Chaney. *Sellers and servants. Working Women in Lima, Peru*, Bergin and Garvey Publishers, Massachusetts, 1988.

Bytheway, Bill. *Ageism*, University Press. Great Britain, 1995, pp. 142.

Cano, Gabriela y Verena Radkau. "Lo privado y lo público o la mutación de los espacios (Historia de mujeres, 1920-1940)", en Vania Salles y Elsie McPhail (Coord.), *Textos y pretextos*, PIEM-Colmex, México, 1994.

Chaney, Elsa y Mary García Castro. *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y nada más. Trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 1993.

Dale, Angela, Nigel Gilbert y Sara Arber. "Integrating Women into Class Theory", *Sociology*, United Kingdom, 19, 3, Aug, 1985, pp 384-408.

Domingo, Lita, et al. «Living Arrangements of the Elderly in the Philippines: Qualitative Evidence», *Comparative Study of the Elderly in Asia*, Research Reports. Population Studies Center, University of Michigan, abril, 1993, 52 pp.

Foster, Susan E. y Jack A. Brizius. «Caring Too Much? American Women and the Nation's Caregiving Crisis», en Allen Jessie y Alan Pifer (eds). *Women on the Front Lines. Meeting the Challenge of an Ageing America*, The Urban Institute Press, USA, 1993, pp 47-73.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira. *Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica de México*, ponencia presentada en la reunión «50 años: la población en el desarrollo de México», CEDDU, El Colegio de México, México, 3 y 4 de diciembre de 1990.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira. *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México, 1994.

Gibson, Diane. "Broken down by age and gender. The problem of old women redefined", *Gender and Society*, Agosto de Sage Periodicals Press, vol. 10, núm. 4, 1996.

Ginn, Jay y Sara Arber. "Gender, Class and Income Inequalities in Later Life", *British Journal of Sociology*, United Kingdom, 42, 3, Sept, 1991, pp 369-396.

—. "Pension Penalties: The Gendered Division of Occupational Welfare", *Work, Employment and Society*, United Kingdom, 7, 1, Mar, 1993, pp 47-70.

—. "Exploring Mid-Life Women's Employment", *Sociology*, United Kingdom, 29, 1, Feb, 1995, pp 73-94.

—. "Patterns of Employment, Gender and Pensions: The Effect of Work History on Older Women's Non-State Pensions", *Work, Employment and Society*, United Kingdom, 10, 3, Sept, 1996, pp 469-490.

Gomes, Cristina. "Seguridad social y envejecimiento: la crisis vecina", en Rabell, Cecilia (coord.), *Los retos de la población*, Flacso/Juan Pablos Editor, México, 1997.

Ham, Roberto. "La insuficiencia de las pensiones por vejez", *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México, 1993.

Kabeer, Naila. *Realidades Trastocadas: Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, UNAM/Paidós, México, 1998, pp 346.

Kohli, Martin, "Ageing as a Challenge for Sociological Theory", en *Ageing and Society*, 1988, pp 8, 367-394.

Kohli, Martin, *et al.* «The social construction of ageing through work: economic structure and life-world», en Johnson, Malcom L. (ed.), *Ageing and society*, Journal of the Centre for Policy on Ageing and the British Society of Gerontology, vol. 1, Cambridge University Press, 1982, pp 23-42.

Lamas, Martha, (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM, México, 1999, pp 363.

Laczko, Frank, *et al.* "Early Retirement in a Period of High Unemployment", *Journal of Social Policy*, United Kingdom, 17, 3, July, 1988, pp 313-333.

McMullin, Julie. "Teoría de las relaciones de edad y género", *Relaciones entre género y envejecimiento-Enfoque sociológico*, Narcea, Madrid, 1996, pp 55-70.

Montes de Oca Zavala, Verónica. *Envejecimiento en México. Condición social y participación económica de la población con 65 años y más en la ciudad de México (1992)*, tesis de maestría, CEDDU, El Colegio de México, México, 1995.

—. "Intercambio y diferencias de género en el sistema de apoyo a la población envejecida en México", *La población de México al final del siglo XX*, Héctor Hiram Hernández Bringas y Catherine Menks (coord.), vol 1, SOMEDE, México, 1998, pp 485-500.

—. "Las actividades económicas de las mujeres en edad avanzada en México: entre la sobrevivencia y la reproducción cotidiana", documento presentado en el Latinoamerican Studies Association XX International Congress, abril 17-19 de 1997.

—. «Situaciones sociales de los viejos», *DEMOS, Carta Demográfica sobre México*, México, 1996.

Mishara, B. L. y R.G. Riedel, *El proceso de envejecimiento*, Morata, España, 1986.

Mummert, Gail Roberta. *La participación de niños y ancianos en la actividad económica; el caso de una comunidad rural de México*, tesis de maestría, CEDDU, El Colegio de México, 1979, 114 pp.

Oliveira, Orlandina de, Vania Salles y Marielle Pepin Lehalleur. *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, Coordinación de Humanidades, Porrúa/Colmex, 1989.

Pacheco Gómez Muñoz, M. E. *Participación femenina en el mercado de trabajo y seguridad social*, ponencia presentada en el Seminario "Análisis y reflexiones sobre las reformas a la seguridad social en México", El Colegio Nacional, COLMEX, SOMEDE, Colegio Nacional de Actuarios, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, el 29 de marzo de 1996.

—. *Población económicamente activa femenina en algunas áreas urbanas de México en 1986*, tesis de maestría, CEDDU, El Colegio de México, México, 1988.

Pedrero, Mercedes. «Condiciones de trabajo en la vejez», en *Seminario sobre envejecimiento demográfico en México*, SOMEDE, (en prensa)1993.

—. «La evolución de la participación económica femenina en los ochentas», *Revista Mexicana de Sociología*, IIS-UNAM, México, 1989.

Rösner, Hans Jürgen. "Tendencias mundiales en el desarrollo de la política social", *Contribuciones*, núm. 1, México, 1997, pp 15-29.

Sánchez Gómez, M. J. «Consideraciones teórico-metodológicas en el estudio del trabajo doméstico en México», en Orlandina de Oliveira (comp.), *Trabajo, poder y sexualidad*, PIEM/El Colegio de México, 1989.

Salas, Carlos. "Empleo y tercera edad: dinamismo y tendencias", *Envejecimiento demográfico de México: Retos y perspectivas*, CONAPO, México, 1999, pp 414.

Solís, Patricio. "El retiro como transición a la vejez en México", *Dinámica demográfica y cambio social*, Carlos Welti (coord.), Prolap, México, 1996, pp 141-165.

—. "El retiro como transición a la vejez en México", *Los retos de la población*, Cecilia Rabell (coord.), Juan Pablos Editor, México, 1997, pp 261-296.

Sennott-Miller, Lee. «Envejecer en América Latina», *Salud Mundial*, abril-mayo, 1990.

—. "La mujer en edad avanzada en las Américas. Problemas y posibilidades", Gómez Gómez, Elsa (ed.), *Género, mujer y salud*, Organización Panamericana de la Salud, 1993.

Tuirán, Rodolfo. "Las trayectorias de vida familiar en México: una perspectiva histórica", *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*, SOMEDE, México, 1996, pp 7-14.

—. *Life Course and Social Structure*, University of Texas at Austin, mimeo, 1990.

Turner, Bryan S. "Ageing status politics and sociological theory", *The British Journal of Sociology*, vol. 40, núm. 4, 1989.

Wainerman, Catalina y Martín Moreno. "Hacia el reconocimiento censal de las mujeres trabajadoras", *Los censos del 90. Características económicas de la población*, CELADE, CENEP, INDEC, Buenos Aires, 1987.

Wong, Rebeca y Ma. Elena Figueroa. "Morbilidad y utilización de servicios en la población de edad avanzada: análisis comparativo", *La población de México al final del siglo XX*, Héctor Hiram Hernández Bringas y Catherine Menks (coord.), vol 1, SOMEDE, México, 1998, pp 467-483.